

*Se puede ver sin mirar, pero para mirar a lo invisible , hay que cerrar los ojos.
Los ojos cansados y saturados de engullir imágenes vacías se pliegan.
El párpado se convierte en muralla y el cuerpo en fortaleza,
donde habitan, nacen y danzan
nuestros sueños, deseos y temores.*

El dormir se entiende como una negatividad inútil, un tiempo improductivo, simplemente como una parada que permite al cuerpo volver a funcionar, reiniciarse. Por eso, no es de extrañar que cada día sea más habitual encontrar productos de consumo como pastillas para dormir, pastillas tener energía diaria, o, bebidas energéticas para que nada te detenga.

En esta dinámica, el soñar se ha convertido en un absurdo. O, más bien, en un impedimento para el aprovechamiento máximo del tiempo de descanso, las imágenes del sueño nos perturban; y, al despertar, buscamos el sentido del mensaje, como si el sueño nos fuera a revelar una verdad oscura y profunda sobre nosotros mismos, cuando, precisamente, la esencia y naturaleza del sueño es permanecer latente, ya que el lenguaje que utiliza es inaccesible a la razón y a nuestra forma de entendimiento.

La noche nace para que el día muera, y, vuelva a nacer de nuevo. Una cuestión rítmica que liga el sueño con la noche, y, esta última, con el universo. Ritmo y repetición, como un movimiento pendular que mece al durmiente. Pero si no hay ritmo, no hay noche, y por este motivo, la humanidad se vuelve sonámbula, siempre cansada, siempre disponible.

Vigilia es un estado transitorio, es el paso de un lugar a otro. La vigilia no tiene existencia en sí, más allá de ser el tiempo de espera a otra cosa, a la transformación. Durante el sueño, mi cuerpo cambia, y, mientras duplica su peso, el Yo desaparece, ya no hay espera, el movimiento de lo venidero viene hacia mí en forma de sueño, y con él, el pasado aparece como recuerdo, como memoria. Presencia y evanescencia se conjugan para dar cuerpo a nuestros pensamientos, miedos, sueños o pesadillas.